

timan, vosotros saludaréis en mi nombre al anciano Rey; aunque no os doy facultad personal para celebrar con él tratado alguno que esceda los límites espresados en estos artículos. (*Les da unas cartas.*) Id con Dios, y espero que manifestaréis en vuestra diligencia el zelo de servirme.

VOLTIMAN.

En esta y cualquiera otra comision os daremos pruebas de nuestro respeto.

CLAUDIO.

No lo dudaré. El Cielo os guarde.

ESCENA IV.

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, DAMAS, CABALLEROS Y ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Y tú, Laertes, ¿qué solicitas? Me has hablado de una pretension: ¿no me dirás cual sea? En cualquiera cosa justa que pidas al Rey de Dinamarca, no será vano el ruego. ¿Ni qué podrás pedirme que no sea mas ofrecimiento mio, que demanda tuya? No es mas adicto á la cabeza el corazon, ni mas pronta la mano en servir á la boca, que lo es el trono de Dinamarca para con tu padre. En fin, ¿qué pretendes?

LAERTES.

Respetable Soberano, solicito la gracia de vuestro permiso para volver á Francia. De allí he venido voluntariamente á Dinamarca á manifestaros mi leal afecto, con motivo de vuestra coronacion; pero ya cumplida esta deuda, fuerza es confesaros que mis ideas y mi inclinacion me llaman de nuevo á aquel pais, y espero de vuestra mucha bondad esta licencia.

CLAUDIO.

¿Has obtenido ya la de tu padre? ¿Qué dices, Polonio?

POLONIO.

A fuerza de importunaciones ha logrado arrancar mi tardío consentimiento. Al verle tan inclinado, firmé últimamente la licencia de que se va ya, aunque á pesar mio; y os ruego, señor, que se la concedais.

CLAUDIO.

Elige el tiempo que te parezca mas oportuno para salir, y haz cuanto gustes y sea mas conducente á tu felicidad. ¡Y tú, Hamlet, mi deudo, mi hijo!

HAMLET.

Algo mas que deudo, y menos que amigo (9).

CLAUDIO.

¿Que sombras de tristeza te cubren siempre?

HAMLET.

Al contrario, señor; estoy demasiado á la luz.

GERTRUDIS.

Mi buen Hamlet, no así tu semblante manifieste afliccion; véase en él que eres amigo de Dinamarca: ni siempre con abatidos párpados busques entre el polvo á tu generoso padre. Tú lo sabes, comun es á todos, el que vive debe morir, pasando de la naturaleza á la eternidad.

HAMLET.

Si señora, á todos es comun.

GERTRUDIS.

Pues si lo es, ¿porque aparentas tan particular sentimiento?

HAMLET.

Aparentar? No señora, yo no sé aparentar. Ni el color negro de este manto, ni el traje acostumbrado en solemnes lutos; ni los interrumpidos sollozos, ni en los ojos un abundan-

te rio, ni la dolorida espresion del semblante, junto con las fórmulas, los ademanes, las esterioridades de sentimiento, bastarán por sí solos, mi querida madre, á manifestar el verdadero afecto que me ocupa el ánimo. Estos signos aparentan, es verdad; pero son acciones que un hombre puede fingir... Aquí (*Tocándose el pecho.*) aquí dentro tengo lo que es mas que apariencia: lo restante no es otra cosa que atavíos y adornos del dolor.

CLAUDIO.

Bueno y laudable (10) es que tu corazon pague á un padre esa lúgubre deuda, Hamlet; pero no debes ignorarlo, tu padre perdió un padre tambien, y aquel perdió el suyo. El que sobrevive, limita la filial obligacion de su obsequiosa tristeza á un cierto término; pero continuar en interminable desconsuelo es una conducta de obstinacion impía. Ni es natural en el hombre tan permanente afecto, que anuncia una voluntad rebelde á los decretos de la Providencia, un corazon débil, un alma indócil, un talento limitado y falto de luces. ¿Será bien que el corazon padezca, queriendo neciamente resistir á lo que es y debe ser inevitable? á lo que es tan comun como cualquiera de las cosas que mas á menudo hieren nuestros sentidos? Este es un delito contra el Cielo, contra la muerte, contra la naturaleza misma; es hacer una injuria absurda á la razon, que nos da en la muerte de nuestros padres la mas frecuente de sus lecciones, y que nos está diciendo, desde el primero de los hombres hasta el último que hoy espira: «Mortales, ved aquí vuestra irrevocable suerte.» Modera pues, yo te lo ruego, esa inútil tristeza: considera que tienes un pa-

dre en mí, puesto que debe ser notorio al mundo que tú eres la persona mas inmediata á mi trono, y que te amo con el afecto mas puro que puede tener á su hijo un padre. Tu resolucion de volver á los estudios de Witemberga es la mas opuesta á nuestro deseo, y antes bien te pedimos que desistas de ella, permaneciendo aquí estimado y querido á vista nuestra, como el primero de mis cortesanos, mi pariente y mi hijo.

GERTRUDIS.

Yo te ruego, Hamlet, que no vayas á Witemberga: quédate con nosotros. No sean vanas las súplicas de tu madre.

HAMLET.

Obedeceros en todo será siempre mi primer conato.

CLAUDIO.

Por esa afectuosa y plausible respuesta quiero que seas otro yo en el imperio danés... Venid, señora. La sincera y fiel condescendencia de Hamlet ha llenado de alegria mi corazon. En aplauso de este acontecimiento no celebrará hoy Dinamarca festivos brindis, sin que lo anuncie á las nubes el cañon robusto, y el cielo retumbe muchas veces á las aclamaciones del Rey, repitiendo el trueno de la tierra. Venid.

ESCENA V.

HAMLET.

Oh! si esta demasiado sólida masa de carne pudiera ablandarse y liquidarse disuelta en lluvia de lágrimas! ó el Todopoderoso no asestara el cañon contra el homicida de sí mismo! ¡Oh Dios! oh Dios mio! ¡Cuan fatigado ya de todo, juzgo molestos, insípidos y vanos los placeres del mundo! Nada, nada quiero de él: es un

campo inculto y rudo, que solo abunda en frutos groseros y amargos. ¡Que esto haya llegado á suceder á los dos meses que él ha muerto!.. No, ni tanto; aun no ha dos meses. Aquel excelente Rey que fue, comparado con este, como con un Sátiro, Hiperion; tan amante de mi madre, que ni á los aires celestes permitia llegar atrevidos á su rostro. ¡Oh cielo y tierra!.. ¿Para qué conservo la memoria? Ella, que se le mostraba tan amorosa como si en la posesion hubieran crecido sus deseos. Y no obstante, en un mes..... ah! no quisiera pensar en esto. Fragilidad! tú tienes (11) nombre de muger! En el corto espacio de un mes, y aun antes de romper los zapatos (12) con que, semejante á Niobe, bañada en lágrimas acompañó el cuerpo de mi triste padre..... si, ella, ella misma..... Cielos! una fiera, incapaz de razon y discurso, hubiera mostrado afliccion mas durable... se ha casado, en fin, con mi tío, hermano de mi padre; pero no mas parecido á él que yo lo soy á Hércules. En un mes..... enrojados aun los ojos con el pérfido llanto, se casó. ¡Ah, delincuente precipitacion, ir á ocupar con tal diligencia un lecho incestuoso! Ni esto es bueno, ni puede producir bien. Pero hazte pedazos, corazon mio, que mi lengua debe reprimirse.

ESCENA VI.

HAMLET, HORACIO, BERNARDO,
MARCELO.

HORACIO.

Buenos dias, señor.

HAMLET.

Me alegro de verte bueno..... Es Horacio, ó me he olvidado de mi propio.

HORACIO.

El mismo soy, y siempre vuestro humilde criado.

HAMLET.

Mi buen amigo, yo quiero trocar contigo ese titulo que te das. ¿A que has venido de Witemberga!... ¡Ah Marcelo!

MARCELO.

Señor.

HAMLET.

Mucho me alegro de verte con salud tambien. Pero, la verdad, ¿a que has venido de Witemberga?

HORACIO.

Señor... deseos de holgarme.

HAMLET.

No quisiera oír de boca de tu enemigo otro tanto; ni podrás forzar mis oídos á que admitan una disculpa que te ofende. Yo sé que no eres desaplicado. Pero dime, ¿que asuntos tienes (13) en Elsingór? Aquí te enseñarémos á ser gran bebedor antes que vuelvas.

HORACIO.

He venido á ver los funerales de vuestro padre.

HAMLET.

No se burla de mí, por Dios, señor condiscipulo. Yo creo que habrás venido á las bodas de mi madre.

HORACIO.

Es verdad: como se han celebrado inmediatamente.

HAMLET.

Economía, Horacio, economía. Aun no se habian enfriado los manjares cocidos para el convite del duelo, cuando se sirvieron en las mesas de la boda..... Oh! yo quisiera haberme hallado en el Cielo con mi mayor enemigo, antes que haber visto aquel dia. ¡Mi padre!... me parece que ves á mi pare.

HORACIO.

¿En donde, señor?

HAMLET.

Con los ojos del alma, Horacio.

HORACIO.

Alguna vez le ví. Era un buen rey.

HAMLET.

Era un hombre tan cabal en todo, que no espero hallar otro semejante.

HORACIO.

Señor, yo creo que le ví anoche (14).

HAMLET.

¿Le viste? ¿A quien?

HORACIO.

Al Rey vuestro padre.

HAMLET.

¿Al Rey mi padre?

HORACIO.

Prestadme oído atento, suspendiendo un rato vuestra admiracion, mientras os refiero este caso maravilloso, apoyado con el testimonio de estos caballeros.

HAMLET.

Sí, por Dios; dímelo.

HORACIO.

Estos dos señores, Marcelo y Bernardo, le habian visto dos veces hallándose de guardia, como á la mitad de la profunda noche. Una figura semejante á vuestro padre, armada segun él solia de pies á cabeza, se les puso delante, caminando grave, tardo y majestuoso por donde ellos estaban. Tres veces pasó de esta manera ante sus ojos, que oprimia el pavor, acercándose hasta donde ellos podian alcanzar con sus lanzas; pero débiles y casi helados con el miedo, permanecieron mudos sin osar hablarle. Diéronme parte de este secreto horrible: voyme á la guardia con ellos la tercera noche, y allí encontré ser cierto cuanto me habian dicho, así en la hora

como en la forma y circunstancias de aquella aparicion. La sombra volvió en efecto. Yo conocí á vuestro padre, y es tan parecido á él como lo son entre sí estas dos manos mias.

HAMLET.

¿Y en donde (15) fue eso?

MARCELO.

En la muralla de palacio, donde estábamos de centinela.

HAMLET.

¿Y no le hablasteis?

HORACIO.

Sí señor, yo le hablé; pero no me dió respuesta alguna. No obstante, una vez me parece que alzó la cabeza haciendo con ella un movimiento como si fuese á hablarme; pero al mismo tiempo se oyó la aguda voz del gallo matutino, y al sonido huyó con presta fuga desapareciendo de nuestra vista.

HAMLET.

¿Es cosa bien admirable!

HORACIO.

Y tan cierta como mi propia existencia. Nosotros hemos creído que era obligacion nuestra avisaros de ello, mi venerado Principe.

HAMLET.

Sí, amigos, sí... pero esto me llena de turbacion. ¿Estais de centinela esta noche?

TODOS.

Sí señor.

HAMLET.

¿Decís que iba armado?

TODOS.

Sí señor, armado.

HAMLET.

¿De la frente al pie?

TODOS.

Sí señor, de pies á cabeza.

HAMLET.

Luego no le visteis el rostro.

HORACIO.
Le vimos, porque traía la visera
alzada.

HAMLET.
¿Y qué, parecía que estaba irri-
tado?

HORACIO.
Mas anunciaba su semblante el do-
lor, que la ira.

HAMLET.
¿Pálido ó encendido?

HORACIO.
No, muy pálido.

HAMLET.
¿Y fijaba la vista en vosotros?

HORACIO.
Constantemente.

HAMLET.
Yo hubiera querido hallarme allí.

HORACIO.
Mucho pavor os hubiera causado.

HAMLET.
Sí, es verdad, sí... ¿Y permaneció
mucho tiempo?

HORACIO.
El que puede emplearse en contar
desde uno hasta ciento con moderada
diligencia.

MARCELO.
Mas, mas estuvo.

HORACIO.
Cuando yo le ví, no.

HAMLET.
La barba blanca, eh?

HORACIO.
Sí señor, como yo se la había vis-
to cuando vivía, de un color cen-
ciento.

HAMLET.
Quiero ir esta noche con vosotros
al puesto, por si acaso vuelve.

HORACIO.
Oh! sí volverá, yo os lo aseguro.

HAMLET.
Si él se me presenta en la figura de
mi noble padre, yo le hablaré, aun-
que el infierno mismo abriendo sus
entrañas me impulsiera silencio. Yo os
pido á todos que así como hasta ahora
habeis callado á los demas lo que
visteis, de hoy en adelante lo ocul-
teis con el mayor sigilo; y sea cual
fuere el suceso de esta noche, fiadlo
al pensamiento, pero no á la lengua;
y yo sabré remunerar vuestro zelo.
Dios os guarde, amigos. Entre once
y doce iré á buscaros á la muralla.

TODOS.
Nuestra obligacion es serviros.

HAMLET.
Sí, conservadme vuestro amor, y
estad seguros del mio. A Dios. (*Vanse
los tres.*) El espíritu de mi padre...
con armas... no es esto bueno. Recelo
alguna maldad. ¡Oh si la noche hu-
biese ya llegado! Esperémosla tran-
quilamente, alma mía. Las malas ac-
ciones, aunque toda la tierra las ocul-
te, se descubren al fin á la vista hu-
mana.

ESCENA VII.

Sala de la casa de Polonio.

LAERTES, OFELIA.

LAERTES.
Ya tengo todo mi equipaje á bordo.
A Dios, hermana, y cuando los vien-
tos sean favorables y seguro el paso
del mar, no te descuides en darme
nuevas de tí.

OFELIA.
¿Puedes dudarlo?

LAERTES.
Por lo que hace al frívolo obse-
quio de Hamlet, debes considerarle
como una mera cortesania, un her-
vor de la sangre, una violeta que en
la primavera juvenil de la naturaleza

se adelanta á vivir y no permanece;
hermosa, no durable; perfume de un
momento, y nada mas.

OFELIA.
¿Nada mas (16)?

LAERTES.
Pienso que no; porque no solo (17)
en nuestra juventud se aumentan las
fuerzas y tamaño del cuerpo, sino
que las facultades interiores del ta-
lento y del alma crecen tambien con
el templo en que ella reside. Puede
ser que él te ame ahora con sinceri-
dad, sin que manche borron alguno
la pureza de su intencion; pero debes
temer al considerar su grandeza, que
no tiene voluntad propia, y que vive
sujeto á obrar segun á su nacimiento
corresponde. Él no puede, como (18)
una persona vulgar, elegir por sí mis-
mo, puesto que de su eleccion de-
pende la salud y prosperidad de todo
un reino; y ve aqui porque esta elec-
cion debe arreglarse á la condescen-
dencia unánime de aquel cuerpo de
quien es cabeza. Así pues, cuando
él diga que te ama, será prudencia
en tí no darle crédito, reflexionando
que en el alto lugar que ocupa nada
puede cumplir de lo que promete,
sino aquello que obtenga el consenti-
miento de la parte mas principal de
Dinamarca. Considera cual perdida
padecería tu honor, si con demasiada
credulidad dieras oídos á su voz li-
sonjera, perdiendo la libertad del co-
razon, ó facilitando á sus instancias
impetuosas el tesoro de tu honesti-
dad. Teme, Ofelia; teme, querida
hermana; no sigas inconsiderada tu
inclinacion; huye el peligro, colo-
cándote fuera del tiro de los amor-
sos deseos. La doncella mas honesta
es libre en esceso si descubre su be-
lleza al rayo de la luna. La virtud
misma no puede librarse de los gol-

pes de la calumnia. Muchas veces el
insecto roe las flores hijas del verano,
aun antes que su boton se rompa; y
al tiempo que la aurora matutina de
la juventud esparce su blando rocío,
los vientos mortíferos son mas fre-
cuentes. Conviene, pues, no omitir
precaucion alguna, pues la mayor se-
guridad estriba en el temor prudente.
La juventud (19), aun cuando nadie
la combata, halla en sí misma su
propio enemigo.

OFELIA.
Yo conservaré para defensa de mi
corazon tus saludables máximas. Pe-
ro, mi buen hermano, mira no ha-
gas tú lo que algunos rigidos decla-
madores (20) hacen, mostrando ás-
pero, y espinoso el camino del Cielo,
mientras como impíos y abandonados
disolutos pisan ellos la senda flo-
rida de los placeres, sin cuidarse de
practicar su propia doctrina.

LAERTES.
Oh! no lo receles... Yo me detengo
demasiado, pero allí viene mi padre:
pues la ocasion es favorable, me des-
pediré de él otra vez. Su bendicion
repetida será un nuevo consuelo para
mí.

ESCENA VIII.

POLONIO, LAERTES, OFELIA.

POLONIO.
¿Aun estás aquí? ¿Que mala ver-
güenza! A bordo, á bordo: el viento
impele ya por la popa tus velas, y á
tí solo aguardan. Recibe mi bendi-
cion y procura imprimir en la memo-
ria estos pocos preceptos. No publi-
ques (21) con facilidad lo que piens-
es, ni ejecutes cosa no bien preme-
ditada primero. Debes ser afable,
pero no vulgar en el trato. Une á tu
alma con vínculos de acero aquellos

amigos que adoptaste despues de examinada su conducta; pero no acaricies con mano pródiga á los que acaban de salir del cascaron y aun están sin plumas. Huye siempre de mezclarle en disputas; pero una vez medido en ellas, obra de manera que tu contrario huya de tí. Presta el oido á todos, y á pocos la voz. Oye las censuras de los demas; pero reserva tu propia opinion. Sea tu vestido tan costoso quanto tus facultades lo permitan, pero no afectado en su hechura; rico, no extravagante: porque el traje dice por lo comun quien es el sugeto, y los caballeros y principales señores franceses tienen el gusto muy delicado en esta materia. Procura no dar ni pedir prestado á nadie; porque el que presta suele perder á un tiempo el dinero y el amigo, y el que se acostumbra á pedir prestado, falta al espíritu de economía y buen orden que nos es tan útil. Pero sobre todo, usa de ingenuidad contigo mismo, y no podrás ser falso con los demas: consecuencia tan necesaria como que la noche suceda al dia. A Dios, y él permita que mi bendicion haga fructificar en tí estos consejos.

LAERTES.

Humildemente os pido vuestra licencia.

(Se arrodilla y besa la mano á Polonio.)

POLONIO.

Si, el tiempo te está convidando, y tus criados esperan: vete.

LAERTES.

A Dios, Ofelia (Abrázanse Ofelia y Laertes.), y acuérdate bien de lo que te he dicho.

OFELIA.

En mi memoria queda guardado, y tú mismo tendrás la llave.

A Dios.

ESCENA IX.

POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

¿Y qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

OFELIA.

Si gustais de saberlo, cosas eran relativas al príncipe Hamlet.

POLONIO.

Bien pensado, en verdad. Me han dicho que de poco tiempo á esta parte te ha visitado varias veces privadamente, y que tú le has admitido con mucha complacencia y libertad. Si esto es así (como me lo han asegurado, á fin de que prevenga el riesgo), debo advertirte que no te has portado con aquella delicadeza que corresponde á una hija mia y á tu propio honor. ¿Qué es lo que ha pasado entre los dos? Díme la verdad.

OFELIA.

Ultimamente me ha declarado con mucha ternura su amor.

POLONIO.

Amor! ah! Tú hablas como una muchacha loquilla y sin esperiencia en circunstancias tan peligrosas. ¿Ternura la llamas! ¿y tú das credito á esa ternura?

OFELIA.

Yo, señor, ignoro lo que debo creer.

POLONIO.

En efecto es así, y yo quiero enseñártelo. Piensa bien que eres una niña, que has recibido por verdadera paga esas ternuras que no son moneda corriente. Estimete en mas á ti propia, pues si te aprecias en menos de lo que vales (por seguir la (22) co-

ESCENA X.

Esplanada delante del palacio. Noche oscura.

HAMLET, HORACIO, MARCELO.

HAMLET.

El aire es frio y sutil en demasia.

HORACIO.

En efecto, es agudo y penetrante.

HAMLET.

¿Que hora es ya?

HORACIO.

Me parece que aun no son las doce.

MARCELO.

No, ya han dado.

HORACIO.

No las he oido. Pues en tal caso ya está cerca el tiempo en que el muerto suele pasearse. Pero ¿qué significa este ruido, señor?

(Suena á lo lejos música de clarines y timbales.)

HAMLET.

Esta noche se huelga el Rey, pasándola desvelado en un banquete con gran vocería y traspieses de embriaguez; y á cada copa del Rin que bebe, los timbales y trompetas anuncian con estrepito sus victoriosos brindis.

HORACIO.

¿Se acostumbra eso aquí?

HAMLET.

Si, se acostumbra; pero aunque he nacido en este pais y estoy hecho á sus estilos, me parece que seria mas decoroso quebrantar esta costumbre que seguirla. Un exceso tal, que embrutece el entendimiento, nos infama á los ojos de las otras naciones desde Oriente á Occidente. Nos llaman ébrios; manchan nuestro nombre con este dictado afrentoso, y en verdad que él solo, por mas que po-

menzada alusion), harás que pierda el entendimiento.

OFELIA.

Él me ha requerido de amores, es verdad; pero siempre con una apariencia honesta que...

POLONIO.

Si por cierto, apariencia puedes llamarla. ¿Y bien? Prósigue.

OFELIA.

Y autorizó quanto me decia con los mas sagrados juramentos.

POLONIO.

Si, esas son redes para coger codornices. Yo sé muy bien, cuando la sangre hierve, con cuanta prodigalidad presta el alma juramentos á la lengua; pero son (23) relámpagos, hija mia, que dan mas luz que calor: estos y aquellos se apagan pronto, y no debes tomarlos por fuego verdadero, ni aun en el instante mismo en que parece que sus promesas van á efectuarse. De hoy en adelante cuida de ser mas avara de tu presencia virginal: pon tu conversacion á precio mas alto, y no á la primera insinuacion admitas coloquios. Por lo que toca al Príncipe, debes creer de él solamente que es un jóven, y que si una vez afloja las riendas, pasará mas allá de lo que tú le puedes permitir. En suma, Ofelia, no creas sus palabras, que son fementidas, ni es verdadero el color que aparentan: son intercesoras de profanos deseos, y si parecen sagrados y piadosos votos, es solo para engañar mejor. Por último, te digo claramente que de hoy mas no quiero que pierdas los momentos ociosos en hablar ni mantener conversacion al Príncipe. Cuidado con hacerlo así: yo te lo mando. Vete á tu aposento.

OFELIA.

Así lo haré, señor.

seamos en alto grado otras buenas cualidades, basta á empañar el lustre de nuestra reputacion. Así acontece frecuentemente á los hombres. Cualquiera defecto natural en ellos, sea el de su nacimiento, del cual no son culpables (puesto que nadie puede escoger su origen), sea cualquiera desorden ocurrido en su temperamento, que muchas veces rompe los límites y reparos de la razon, ó sea cualquier hábito que se aparte demasiado de las costumbres recibidas, llevando estos hombres consigo el signo de un solo defecto que imprimió en ellos la naturaleza ó el acaso, aunque sus virtudes fuesen tantas cuantas es concedido á un mortal, y tan puras como la bondad celeste, serán no obstante amancilladas en el concepto público por aquel único vicio que las acompaña. Un solo adarme de mezcla quita el valor al mas precioso metal y le envilece.

HORACIO.

¿Veis, señor? ya viene.

(Aparécese la sombra del rey Hamlet hacia el fondo del teatro. Hamlet al verla se retira lleno de horror, y después se encamina hacia ella.)

HAMLET.

¡Ángeles (24) y ministros de piedad, defendednos! Ya seas alma dichosa ó condenada vision, traigas contigo aura celestial ó ardores del infierno, sea malvada ó benéfica intencion la tuya, en tal forma te me presentas, que es necesario que yo te hable. Sí, te he de hablar... Hamlet, mi rey, mi padre, soberano de Dinamarca... Oh! respóndeme, no me atormentes con la duda. Dime, ¿porque tus venerables huesos, ya sepultados, han roto su vestidura fúnebre? ¿Porque el sepulcro donde te dimos urna pacífica, te ha echado de sí, abriendo sus senos que cerraban pe-

sados mármoles? ¿Cual puede ser la causa de que tu difunto cuerpo, del todo armado, vuelva otra vez á ver los rayos pálidos de la luna añadiendo á la noche horror? y que nosotros, ignorantes y débiles por naturaleza, padezcamos agitacion espantosa con ideas que esceden á los alcances de nuestra razon? Dí, ¿porque es esto? porque? ó qué debemos hacer nosotros?

HORACIO.

Os hace señas de que le sigais, como si deseara comunicaros algo á solas.

MARCELO.

Ved con que espresivo ademán os indica que le acompañeis á lugar mas remoto; pero no hay que ir con él.

HORACIO.

No, por ningun motivo.

HAMLET.

Si no quiere hablar, habré de seguirle.

HORACIO.

No hagais tal, señores.

HAMLET.

¿Y porque no? ¿Qué temores debo tener? Yo no estimo la vida en nada; y á mi alma ¿qué puede el hacerla, siendo como él mismo cosa inmortal?... Otra vez me llama... Voyle á seguir.

HORACIO.

Pero señor, si os arrebatá al mar (25) ó á la espantosa cima de ese monte, levantado sobre los peñascos que baten las ondas, y allí tomase alguna otra forma horrible capaz de impedir el uso de la razon, y enagenarla con frenésis... Ay! ved lo que haceis. El lugar solo inspira ideas melancólicas á cualquiera que mire la enorme distancia desde aquella cumbre al mar, y sienta en la profundidad su bramido ronco.

ESCENA XII.

Parte remota cercana al mar. Vista á lo lejos del palacio de Elsingór.

HAMLET, LA SOMBRA DEL REY
HAMLET.

HAMLET.

¿Adonde me quieres llevar? Habla, yo no paso de aquí.

LA SOMBRA.

Mirame.

HAMLET.

Ya te miro.

LA SOMBRA.

Casi es ya llegada la hora en que debo restituirme á las sulfúreas y atormentadoras llamas.

HAMLET.

¡Oh alma infeliz!

LA SOMBRA.

No me compadezcas: presta solo atentos oídos á lo que voy á revelarte.

HAMLET.

Habla, yo te prometó atencion.

LA SOMBRA.

Luego que me oigas, prometerás venganza.

HAMLET.

Porque?

LA SOMBRA.

Yo soy el alma de tu padre, destinada por cierto tiempo á vagar de noche, y aprisionada en fuego durante el dia, hasta que sus llamas purifiquen las culpas que cometí en el mundo. Oh! si no me fuera vedado manifestar los secretos de la prision que habito, pudiera decirte cosas que la menor de ellas bastaría á despedazar tu corazon; helar tu sangre juvenil; tus ojos, inflamados como estrellas, saltar de sus órbitas; tus anudados cabellos separarse, erizándose como las puas del colérico espin. Pero estos eternos misterios no son para los

HAMLET.

Todavía me llama.... Camina. Ya te sigo.

(La sombra hará los movimientos que indica el diálogo. Horacio y Marcelo quieren detener á Hamlet, y él los aparta con violencia y la sigue.)

MARCELO.

No señor, no iréis.

HAMLET.

Dejadme.

HORACIO.

Creedme, no le sigais.

HAMLET.

Mis hados me conducen y prestan á la menor fibra de mi cuerpo la nerviosa robustez del leon de Nemea. Aun me llama... Señores, apartad esas manos... por Dios... ó quedará muerto á las mias el que me detenga... Otra vez te digo que andes, que voy á seguirte.

ESCENA XI.

HORACIO, MARCELO.

HORACIO.

Su exaltada imaginacion le arrebató.

MARCELO.

Sigámosle, que en esto no debemos obedecerle.

HORACIO.

Sí, vamos detrás de él... ¿Cual será el fin de este suceso?

MARCELO.

Algun grave mal se oculta en Dinamarca.

HORACIO.

Los Cielos dirigirán el éxito.

MARCELO.

Vamos, sigámosle.

oidos humanos. Atiende, atiende, ay! atiende. Si tuviste amor á tu tierno padre...

HAMLET.

¡Oh Dios!

LA SOMBRA.

Venga su muerte: venga un homicidio cruel y atroz.

HAMLET.

Homicidio?

LA SOMBRA.

Sí, homicidio cruel, como todos lo son; pero el mas cruel y el mas injusto y el mas aleve.

HAMLET.

Refiéremelo (26) presto, para que con alas veloces como la fantasía, ó con la prontitud de los pensamientos amorosos, me precipite á la venganza.

LA SOMBRA.

Ya veo cuan dispuesto te hallas, y aunque tan insensible fueras como las malezas que se pudren incultas en las orillas del Leteo, no dejaria de conmoverte lo que voy á decir. Escúchame ahora, Hamlet. Esparcióse la voz de que estando en mi jardín dormido, me mordió una serpiente. Todos los oídos de Dinamarca fueron groseramente engañados con esta fabulosa invención; pero tú debes saber, mancebo generoso, que la serpiente que mordió á tu padre, hoy ciñe su corona.

HAMLET.

Oh! Présago me lo decia el corazón. ¡Mi tío!...

LA SOMBRA.

Sí, aquel incestuoso, aquel monstruo adúltero, valiéndose de su talento diabólico, valiéndose de traidoras dádivas... (¡Oh talento y dádivas malditas, que tal poder teneis para seducir!) supo inclinar á su deshonesta apetito la voluntad de la Rei-

na mi esposa, que yo creia tan llena de virtud. ¡Oh Hamlet, cuan grande fue su caída! Yo, cuyo amor para con ella fue tan puro... yo, siempre tan fiel á los solemnes juramentos que en nuestro desposorio la hice, yo fui aborrecido, y se rindió á aquel miserable, cuyas prendas eran en verdad harto inferiores á las mías. Pero así como la virtud será incorruptible aunque la disolución procure escitarla bajo divina forma, así la incontinen- cia aunque viviese unida á un ángel radiante, profanará con oprobio su tálamo celeste... Pero ya me parece que percibo el ambiente de la mañana. Debo ser breve. Dormía yo una tarde en mi jardín, segun lo acostumbra siempre. Tu tío me sorprende en aquella hora de quietud, y trayendo consigo una ampolla de licor venenoso, derrama en mi oído su ponzoñosa destilación, la cual de tal manera es contraria á la sangre del hombre, que semejante en la sutileza al mercurio, se dilata por todas las entradas y conductos del cuerpo, y con súbita fuerza le ocupa, cuajando la mas pura y robusta sangre como la leche con las gotas ácidas. Este efecto produjo inmediatamente en mí, y el cutis hinchado comenzó á despegarse á trechos con una especie de lepra en ásperas y asquerosas costras. Así fue que estando durmiendo perdí á manos de mi hermano mismo mi corona, mi esposa y mi vida á un tiempo. Perdí la vida cuando mi pecado estaba en todo su vigor, sin hallarme dispuesto para aquel trance, sin haber recibido el pan eucarístico, sin haber sonado el clamor de agonía, sin lugar al reconocimiento de tanta culpa, presentado al tribunal eterno con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. ¡Oh maldad horrible, horrible!... Si oyes la voz de la natura-

este es mi tío.... Sí, tú eres.... Ah! pero la espresion que debo conservar es esta: «A Dios, á Dios, acuérdate de mí.» Yo he jurado acordarme.

HORACIO, gritando desde adentro.

Señor! señor!

MARCELO, gritando desde adentro.

Hamlet!

HORACIO.

Los Cielos le asistan.

HAMLET.

Oh! háganlo así.

MARCELO.

Hola! eh! señor.

HAMLET.

Hola! amigos, eh! venid, venid acá, (Salen Horacio y Marcelo.)

MARCELO.

¿Qué ha sucedido?

HORACIO.

¿Que noticias nos dais?

HAMLET.

Oh! maravillosas.

HORACIO.

Mi amado señor, decidlas.

HAMLET.

No, que lo revelareis.

HORACIO.

No, yo os prometo que no haré tal.

MARCELO.

Ni yo tampoco.

HAMLET.

¿Creeis vosotros que pudiese haber cabido en el corazón humano.... Pero ¿guardareis secreto?

LOS DOS.

Sí señor, yo os lo juro.

HAMLET.

No existe en toda Dinamarca (28) un infame... que no sea un gran malvado.

HORACIO.

Pero no era necesario, señor, que

ieza, no sufras, no, que el tálamo Real de Dinamarca sea el lecho de la lujuria y abominado incesto. Pero de cualquier modo que dirijas la acción, no manches con delito el alma, previniendo ofensas á tu madre. Abandona este cuidado al Cielo: deja que aquellas agudas puntas que tiene fijadas en su pecho, la hieran y atormenten. A Dios. Ya la luciérnaga, amortiguando su aparente fuego, nos anuncia la proximidad del día. A Dios, á Dios. Acuérdate de mí.

ESCENA XIII.

HAMLET, Y DESPUES HORACIO Y MARCELO.

HAMLET.

¡Oh vosotros, ejércitos celestiales! ¡oh tierra!... ¿y quien mas? ¿invocaré al infierno tambien?... Eh! no... Detente, corazón mio, detente; y vos, mis nervios, no así os debilitéis en un momento, sostenedme robustos... ¡Acordarme de tí! Sí, alma infeliz, mientras haya memoria en este agitado mundo. ¡Acordarme de tí! Sí, yo me acordaré y yo borraré de mi fantasía todos los recuerdos frívolos, las sentencias de los libros, las ideas é impresiones de lo pasado que la juventud y la observación estamparon en ella. Tu precepto solo, sin mezcla de otra cosa menos digna, vivirá escrito en el volumen de mi entendimiento. Sí, por los cielos te lo juro... ¡Oh muger, la mas delincuente! ¡Oh malvado, malvado! halagüeño y execrable malvado! Conviene (27) que yo apunte en este libro... (Saca un libro de memorias y escribe en él.) si.... que un hombre puede halagar y sonreirse, y ser un malvado: á lo menos estoy seguro de que en Dinamarca hay un hombre así, y